

Identidad, cultura, espacio urbano*

(El caso de la ciudad de Concepción)

VICTOR LOBOS DEL FIERRO
PAULINA OYARZUN FUENTES
FLAVIO VALASSINA SIMONETTA

El trabajo pretende demostrar a través de la historia urbana de la ciudad de Concepción, las causas que han generado la pérdida de identidad del ciudadano.

Sostenemos que en la actualidad, el ambiente urbano no identifica la ciudad como propia; el desarraigo y la marginalidad son un hecho.

Entre las causas posibles, es indudable que las nuevas estructuras urbanas han ayudado en este fenómeno. No ha existido el tiempo necesario para asimilar las nuevas imágenes urbanas. También la pérdida de la memoria urbana colectiva, producto de la desaparición de edificios y espacios urbanos patrimoniales, que en el caso de Concepción ha sido más dramático, por los periódicos desastres naturales que han contribuido a ello.

Se suma a todo esto el excesivo crecimiento sin control de la periferia de

*Ponencia presentada a las VIII Jornadas Nacionales de Cultura por sus autores, docentes de la Facultad de Arquitectura y Construcción de la Universidad del Bío Bío, Concepción-Chile. Fue analizada e ilustrada con diapositivas por la comisión que trató "La educación y los valores estéticos y técnicos". Dicha comisión funcionó bajo la presidencia del director de Extensión de la Universidad de Concepción, Vittorio di Girólamo. Atenea la publica por tratarse de una materia que interesa a todos los habitantes de nuestra ciudad.

la ciudad, la uniformidad de las grandes poblaciones, los espacios residuales que han generado las nuevas urbanizaciones, la masificación y monotonía de las soluciones habitacionales, la falta de participación en la toma de decisiones urbanas, la homogeneización producto de la cobertura centralizada de los medios de comunicación que han producido ciudades desarraigadas, individuos, que no las sienten propias, incomunicación, falta de solidaridad y en resumen una crisis de identidad cultural. El hombre urbano se ha transformado en un objeto de la ciudad y no en sujeto de ella.

Una de las características que más identifican al ser humano es ser social, es decir, tener la capacidad de vivir en comunidad. El gran desarrollo y evolución que el hombre ha alcanzado ha sido posible gracias a este concepto. Al arraigarse e identificarse con un lugar, el hombre creó la ciudad, un producto totalmente artificial y que es el fiel reflejo de su capacidad, de su organización social, política, cultural, tecnológica, etc. Pero la ciudad no es obra de un solo individuo, es por esencia producto del esfuerzo mancomunado de una sociedad, de una comunidad. En el transcurso del tiempo, de esta situación surge una estrecha vinculación del ciudadano con la ciudad, pues en ésta se refleja e identifica. Es en ella donde nace, crece, se educa, crea su familia y muere, y es también la ciudad de sus antecesores y será la de sus hijos.

Con el paso de las generaciones y del tiempo, ciertos elementos de la ciudad como espacios urbanos, edificios, lugares, se enraízan de tal manera en la memoria del habitante transformándose en imágenes, que tienen un consenso y permanencia en toda la comunidad: es esta imagen urbana la que produce el arraigo, la identificación de la sociedad con su ciudad.

Este concepto de identidad, de identificación con algo, surge de los valores que crea el vivir en comunidad; la convivencia, la amistad, la solidaridad, los objetivos y fines comunes, la participación, etc., llevan al hombre a ser un constante actor dentro del espacio que está ocupando.

Entra en crisis esta identidad cuando ya el habitante no identifica la ciudad como algo personal, y de ser activo pasa a ser simple espectador de las fuerzas que están actuando sobre su medio ambiente, comienzan el desarraigo y la indiferencia. Se podrían identificar varios factores que llevan a esta situación; tal vez los más relevantes podrían ser la pérdida de la memoria urbana colectiva, que mencionamos anteriormente, con la desaparición de los principales edificios patrimoniales y la distorsión de ciertos espacios urbanos reconocibles; el excesivo crecimiento sin control de la periferia de la ciudad, que lleva a lo que conocemos como marginalidad urbana en que el habitante ya no reconoce ni identifica la ciudad ni el espacio urbano que habita. La homogeneidad, algo típico en las grandes poblaciones, que

surgen en la periferia de nuestras principales ciudades, expresadas en continuos bloques repetitivos, innumerables viviendas aisladas, todas con el mismo aspecto, indiferenciables una de otras, donde no se permite al usuario reconocer su propia vivienda (es elocuente lo que sucede en estas poblaciones, cómo el habitante trata de personalizar su casa a través del color, rejas, jardines, etc.); donde los espacios urbanos son totalmente descontrolados perdiéndose la escala de distancias que favorecen el encuentro y de ahí la identidad. Estos factores tienden a ser típicos de la sociedad de nuestro tiempo por la excesiva movilidad de la población que produce también el desarraigo y la falta de enraizamiento en un determinado lugar.

Estos son muy grosso modo los problemas que están enfrentando la mayoría de nuestras ciudades y sobre esto podemos aventurar algunas posibles soluciones que puedan conciliar las necesidades y modos de vida actuales con el rescate de aquellos valores que permitan crear lazos más estrechos entre el habitante y su espacio urbano.

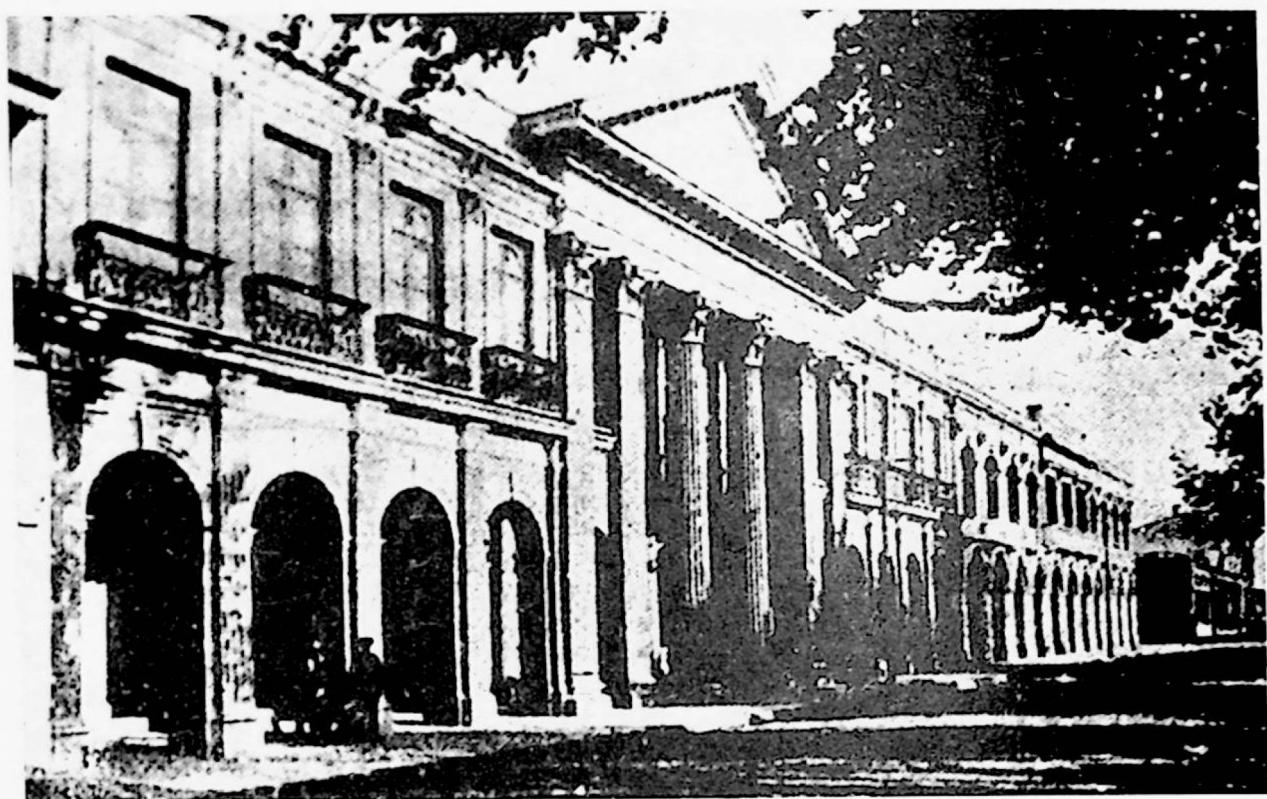
Mencionábamos anteriormente el concepto de memoria urbana como la visión compartida que tiene cada habitante de su ciudad y de los elementos que la conforman, tales como edificios significativos, plazas, paisajes, etc. Cuando esta imagen empieza a deteriorarse, el ciudadano comienza a perder los lazos que lo unen y lo identifican con ella.

Frente a esta situación se propone como alternativa la conservación y rescate del patrimonio urbano, de manera de preservar todos aquellos elementos que identifican y hacen singular cada ciudad con su habitante.

Rescatar y reforzar el concepto de "centralidad". Cada ciudad tiene un centro que recoge lo más vital y activo de ella, este centro es claramente identificable por la plaza mayor, los edificios más importantes, la iglesia, el mercado, el terminal de buses, la estación ferroviaria, el intenso comercio, el teatro, los cines, etc., es decir, una mezcla e interacción de actividades que lo transforman en un lugar de encuentro, de identificación, por su gran vitalidad y es el elemento que hace atractiva a la ciudad para vivir.

Todo esto implica rechazar los conceptos de zonificación, especialización por áreas, esta "ciudad limpia" que propiciaba el CIAM (Congreso Internacional de Arquitectos Modernos 1933), donde las principales funciones que en la ciudad tradicional aparecían interrelacionadas se dispersan en forma de centro secundario en los alrededores, de actividad especializada y que tienen una vitalidad condicionada por las circunstancias de uso. Todo esto implica para el habitante una pérdida de noción y de control de su ciudad, al no tener el claro punto de referencia que entrega el concepto de centralidad antes mencionado.

Otro factor importante es el rescate del concepto de barrio y de



El Portal Cruz antes del terremoto del año 1939. Por años fue un lugar de encuentro ciudadano que estaba arraigado en la memoria urbana colectiva.



El Palacio de la Intendencia y Los Tribunales de Justicia con una arquitectura de tendencias neoclásicas, representan el aspecto típico que presentaba la ciudad a principios de siglo.

vecindario tradicional y adecuarlo a las condiciones y valores actuales de la sociedad.

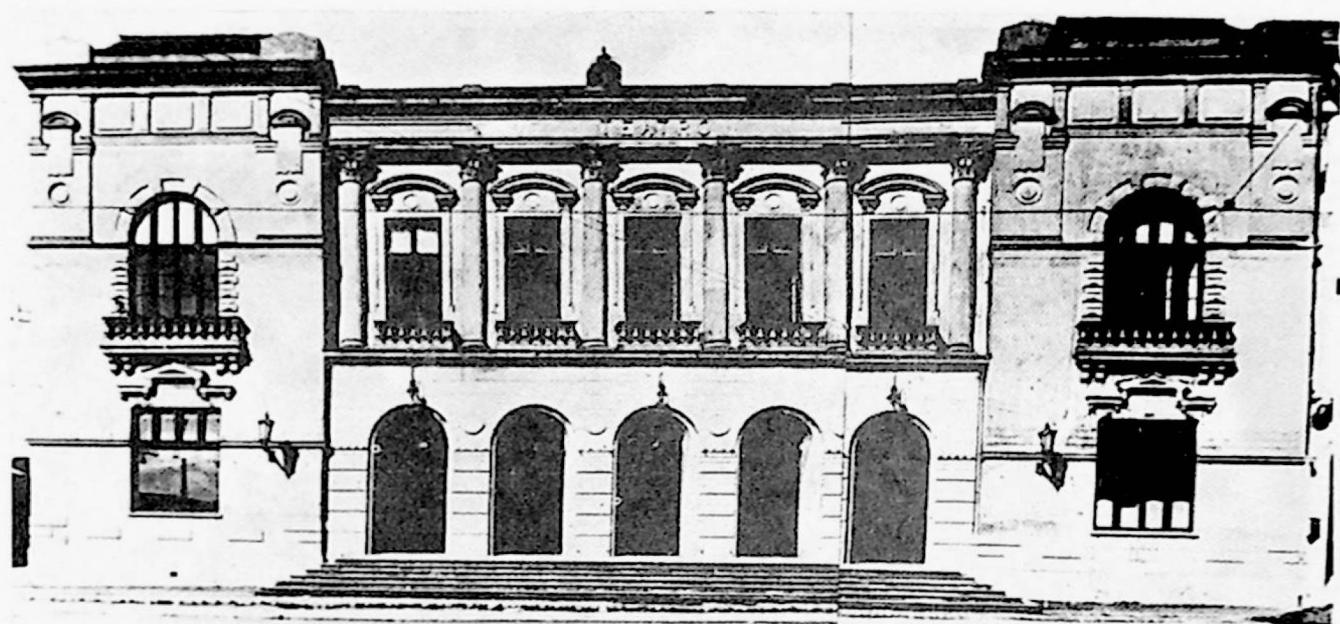
El barrio: es una unidad importante en la trama urbana y forma parte del patrimonio urbano de toda ciudad, cada barrio tiende a caracterizarse con respecto a otros sectores similares, tiene características de homogeneidad en el tipo de construcción, existen espacios como la plaza, la calle, las esquinas, el comercio local a una escala y medida adecuadas en la que la gente del sector se identifica constituyéndose en puntos de cohesión y encuentro cotidiano; en el vecindario estas características se acentúan y se hacen más intensas.

Estos valores han desaparecido casi completamente con la masificación de las poblaciones, todas las viviendas son iguales, los espacios urbanos, cuando los hay, aparecen desmedidos, desarticulados, fuera de la escala y control del hombre; ya no son lugares de encuentro, de permanencia, son espacios residuales sin una finalidad determinada y que se desligan totalmente de la trama tradicional de la ciudad en desmedro del crecimiento cohesionado y coherente de ésta.

Otro elemento válido de mencionar es la participación del habitante en la toma de decisiones sobre los aspectos que más le concierne, por ejemplo su vivienda o las intervenciones en la ciudad. Tradicionalmente considerado como un número, una cantidad, desconociéndole toda individualidad, formando parte de una estadística general sobre la cual se toman todas las decisiones que lo afectan, es uno de los factores que han llevado a un total desarraigo y pérdida de la identidad en relación al espacio en que habita. Es aconsejable entonces crear aquellos mecanismos de participación en que el individuo pueda manifestar su parecer e influir en la toma de decisiones que más le afectan, de manera de hacerlo partícipe, actor, y de este compromiso podría surgir un factor de arraigo e identificación de cada habitante con su ciudad.

Enfocada así la ciudad, tal vez el producto cultural más complejo creado por el hombre, nos lleva a meditar la falta de identidad entre el ciudadano y su ciudad.

La ciudad hispanoamericana, producto de una rígida legislación, creó una forma de vida que se tradujo en una plena identificación del habitante, en el uso de los dos momentos urbanos más típicos: el del acto comunitario, apoyado en la plaza mayor, en donde se realizaban los ceremoniales cívicos, militares y eclesiásticos y las calles comerciales, en general comunicando la estación de ferrocarriles con la plaza mayor. El segundo momento urbano el ciudadano lo vivía en su barrio. Allí se daba el concepto de vecindario, generando con ello la amistad y la solidaridad.



El Teatro Concepción, construido en 1885 y demolido en 1973, no sólo ha sido uno de los más bellos edificios penquistas, sino que marcó además un hito en la vida cultural y social de su tiempo.



Calle del Barrio Cruz. Las viviendas continuas con un pequeño antejardín logran crear un espacio urbano a escala del individuo, propicio para realizar una vida urbana vecinal tranquila y permitir la comunicación social.

Entre estos dos momentos no existía diferencia alguna en la idea de pertenencia. El barrio y el centro le eran propios al habitante, la memoria urbana formada generación por generación, al existir recorridos habituales frente a imágenes que perduraban en el tiempo, alejaban toda idea de marginalidad urbana; el habitante era sujeto de su ciudad y no objeto de ella, los lugares de reunión constituían el espacio del encuentro y la comunicación. La amistad generada en el barrio lo formaban en la idea de solidaridad más que de competencia. En fin, los valores humanos eran apoyados por el entorno, disminuyendo o alejando el predominio de lo material.

A través del tiempo, nuestras ciudades han entrado en crisis. De ellas, el ejemplo de Concepción es quizás uno de los más dramáticos. Tal vez constituye la ciudad en que se suman uno tras otro los factores que inciden en destruir los valores culturales antes mencionados.

EL CASO DE CONCEPCIÓN

El patrimonio histórico urbano-arquitectónico, reflejo de la cultura e identidad de la ciudad, prácticamente ha desaparecido cada 100 años por los continuos sismos y desastres que la han afectado y destruido una y otra vez.

Como consecuencia, los procesos generales de reconstrucción necesarios transformaron en poco tiempo el rostro de la ciudad.

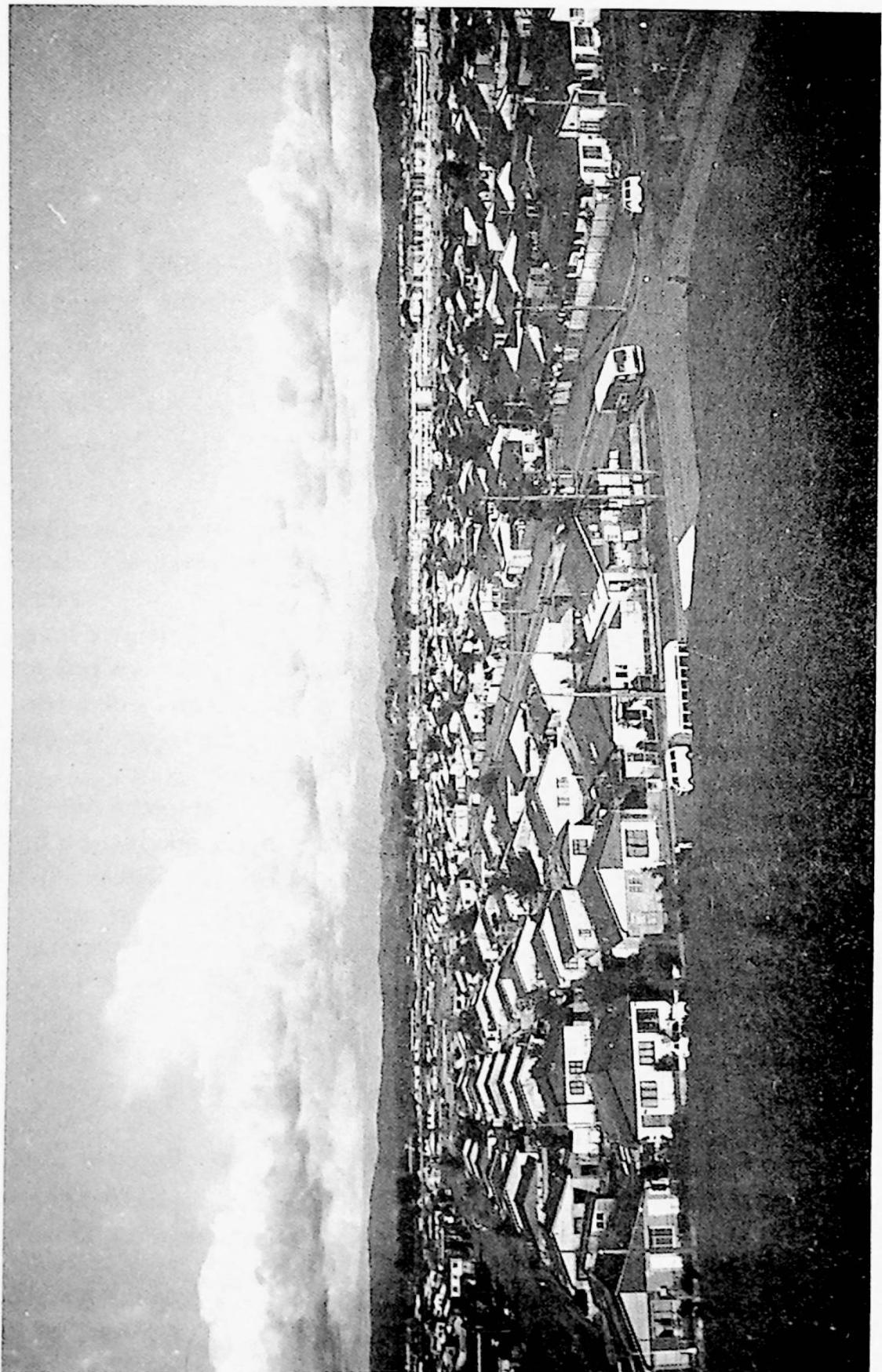
Las construcciones de principios del siglo, antes del terremoto del año 1939, eran de gran calidad urbana y arquitectónica y eran consideradas por los penquistas como el patrimonio de la ciudad, y hoy sólo están en la memoria de algunos de sus habitantes.

El patrimonio natural de la ciudad, sus lagunas, cerros y ríos, especialmente el Bío Bío, que no se destruyeron con los continuos desastres, eran utilizados parcialmente y hoy constituyen casi sólo un paisaje de fondo en ella.

EL ORDEN CONSTRUIDO

“El Concepción decimonónico y de las tres primeras décadas del siglo xx presentaba un aspecto si no monumental, por lo menos armonioso y tranquilo, con cierta placidez colonial” (Fernando Campos Harriet).

Sus casas eran extensas habitaciones de un piso, con tres patios al estilo típico chileno. Entre ellas destacaban algunos palacios con dos plantas, la mayoría construidos al gusto francés.



Arquitectura habitacional masiva uniforme, seriada y anónima, vemos normalmente en las poblaciones construidas durante los últimos años.

La grandiosa Catedral, El Sagrario, el hermoso Palacio Episcopal, el Portal Cruz, y otros edificios, formaban un elegante contorno a la plaza. El Teatro Concepción, la Estación de Ferrocarriles, el Liceo de Hombres, la Caja de Ahorros y otros eran significativos edificios.

En la arquitectura predominaban las fachadas continuas de uno o dos pisos, que enriquecían los espacios urbanos con sus detalles como cornisas, balcones, ventanas con arcos y pilastras, buhardillas, etc.

Los penquistas sentían un gran orgullo por algunos edificios con los que se identificaban, por la participación ciudadana que les había cabido en su formación. Este es el caso del Teatro Concepción, construido gracias a la formación de una corporación y a las colectas de la sociedad.

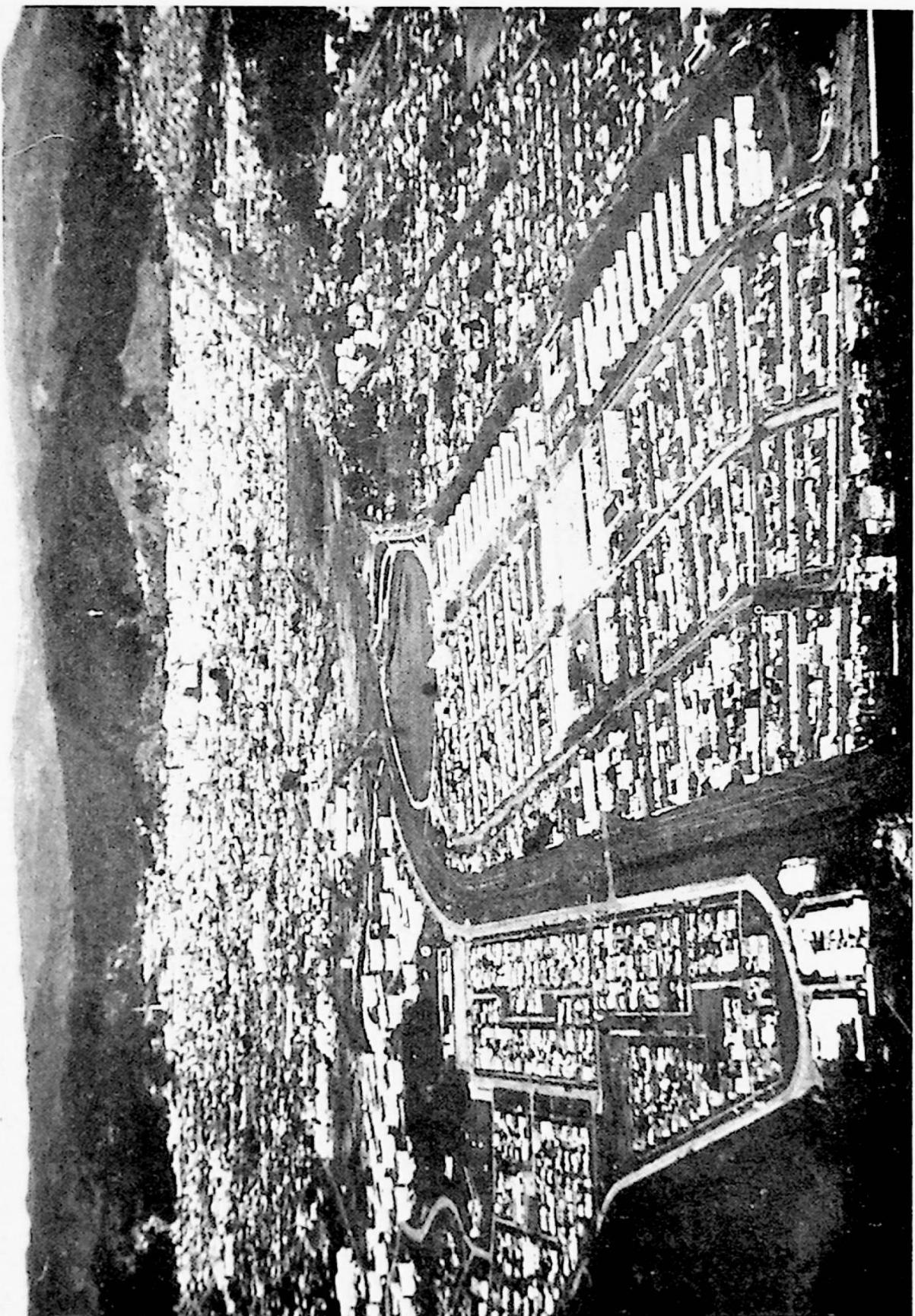
El 24 de enero de 1939 prácticamente toda la ciudad es abatida una vez más por un terremoto. Se destruyen alrededor de 15.000 casas y como resultado hay miles de muertos. No sólo toda la edificación antigua queda en ruinas, sino también algunas modernas de hormigón. Los sectores más afectados por el terremoto fueron los de edificación antigua, en adobe o ladrillo, que se emplazaban en grandes solares. La habitación popular que era de madera sufrió menos daños. Sólo hace 44 años, que la ciudad fue casi entera destruida y vuelta a reconstruir.

Después del terremoto del año 1939 se creó la Corporación de Reconstrucción y Auxilio, organismo encargado de confeccionar un Plano Regulador, para planificar la reconstrucción de las zonas afectadas.

Haber continuado construyendo edificaciones de líneas antiguas, neoclásicas o coloniales, no correspondía a la época, ya que era salirse del contexto del tiempo que se vivía. La sociedad de entonces esperaba otra respuesta, afloraba toda una nueva conducta que reclamaba "edificios funcionales", volúmenes de formas simples y puras. La sociedad y los tiempos exigían otros edificios, ya que esta época coincide con la reciente llegada de la arquitectura moderna del país. La ciudad de Concepción fue reconstruida bajo estos nuevos conceptos, los que eran ampliamente aceptados por los ciudadanos y comunidad en general.

La floreciente corriente modernista, la cantidad y velocidad de la reconstrucción, transformaron en poco tiempo el rostro de la ciudad.

Concepción adopta así una formalidad eminentemente racionalista, un aspecto muy diferente al de ayer en que prácticamente desapareció. La comunidad se enfrenta a la realidad de habitar una ciudad desconocida, en que todos los vestigios de arraigo del penquista desaparecieron. Le faltó tiempo de asimilación a esta nueva urbe y se transforma así en una ciudad desarraigada, cuyo patrimonio histórico, testimonio arquitectónico del acontecer socio-cultural, queda en el pasado.



Vista aérea de Concepción: en primer plano edificaciones masivas en bloques del sector Lorenzo Arenas, muestra la homogeneización en las soluciones habitacionales.

Las nuevas teorías urbanísticas modifican la ciudad, apareció un tipo de vivienda que a diferencia de la fachada continua y de baja altura era fundamentalmente opuesta. Tenía antejardín y buscaba ser identificable alejándose de la línea de vereda, dando una perspectiva que le permitía mostrarse con sus grandes ventanales y balcones en voladizo.

El objetivo de esta época es reconstruir sin afectar la estructura de la ciudad, pero modernizar. Así renace la ciudad distinta de forma en el paisaje urbano, con otra fisonomía. Se pierde la memoria urbana colectiva al desaparecer los principales edificios patrimoniales y por la distorsión de espacios urbanos reconocibles, con los que se identificaba el penquista.

En esta época hay una gran demanda de suelo urbano. Las industrias que se habían emplazado en los alrededores de Concepción sostenían a la ciudad, pero a la vez generaron gran demanda de habitación para los obreros, produciéndose la masificación y monotonía de las soluciones nuevas. Estas no son absorbidas por la trama central original, sino que se crean nuevos barrios industriales fuera de la ciudad.

Comienza de esta manera una gran expansión en forma desordenada, sin control de la periferia, creando marginalidad y deterioro del caso urbano central, ya que no se hacen inversiones en él.

Lo anterior se ve aumentado con el hecho de que el estrato social de mayores recursos busca para habitar zonas con características singulares y alejadas. La gente se va a vivir a los extramuros, lejos del centro, frenando su desarrollo, y todo el esfuerzo estatal y las inversiones particulares se vuelcan en ellas. En el centro aparece la edificación en altura que acoge a oficinas y habitaciones de clase media.

En la ciudad aparece un nuevo elemento arquitectónico en reemplazo de los portales: las marquesinas, que no protegen al peatón del lluvioso clima de igual manera que el portal.

Hoy día hay consenso general entre la ciudadanía que el patrimonio urbano-arquitectónico-histórico de Concepción corresponde a la arquitectura y espacios urbanos de principios de siglo, que tenían un sello local, con que se identificaban los ciudadanos. Tanto es así, que interrogado cualquier penquista de hoy sobre la calidad de Concepción, no duda un instante en aseverar que el anterior al 39 constituye el verdadero Concepción, ya que el actual casi no lo siente suyo.

Y es por eso que hoy aparecen vestigios de la memoria urbana de 1939, en edificios comerciales recientemente remodelados, con el portal, como elemento rememorativo de la arquitectura pasada.



Vista aérea de un sector de Concepción. Las lagunas Lo Méndez y Lo Galindo son parte del patrimonio natural, que es necesario recuperar para vitalizar así la identificación de cada ciudad.

EL ORDEN NATURAL

Un aspecto fundamental que no debemos olvidar en las ciudades, es el paisaje y los recursos naturales con que cuentan, y que son en última instancia el más indispensable y valioso patrimonio de que disponen. En el caso específico de Concepción, el patrimonio natural de la ciudad lo constituyen siete lagunas, verdes cerros que la rodean, y dos ríos: el Bío Bío y el Andalién. Sin embargo, este patrimonio, que no se destruye con los desastres naturales, ha sido utilizado sólo parcialmente. Recordemos que el río Bío Bío, el más ancho de Chile y que fuera navegable hasta fines del siglo pasado, desde Concepción hasta Nacimiento, ya no lo es y la ciudad le ha dado la espalda al instalarse en su ribera la Estación de Ferrocarriles y sus patios, área que pasó a constituir una barrera de desarrollo hacia el río. Las lagunas que hasta fines de siglo se utilizaban intensamente para el esparcimiento y recreación ciudadanos, como era el caso de la laguna Las Tres Pascualas, hoy día desaparecida por la invasión de totoras y rellenos, constituyeron el patrimonio natural de la ciudad.

UNA ARQUITECTURA PROPIA

La preservación del patrimonio es un tema que debiera ser preocupación constante de todos los penquistas.

Concepción, que ha tenido que ser reconstruida de las ruinas cada 100 años más o menos y que tuvo en el pasado una gran calidad urbana y arquitectónica, es hoy una ciudad casi desarraigada, sin arquitectura propia y por tanto con poca identidad cultural para sus habitantes. Falta en ella la presencia física de valores arquitectónicos del pasado ya destruido y que sólo algunos penquistas recuerdan. Pero actualmente no podemos construir bajo los cánones de la arquitectura neoclásica o colonial. La vida contemporánea exige otra respuesta, en la cual es fundamental que los arquitectos rescatemos los valores de tipologías urbano-arquitectónicas que son el reflejo de nuestra vida, de nuestra identidad, que deben mantenerse, actualizándolas y reinterpretándolas en las nuevas arquitecturas.

Resumiendo, la excesiva movilidad poblacional, la destrucción de edificios y espacios urbanos, sea por efectos naturales (terremotos) o por la aplicación de nuevos órdenes urbanos sin crear el tiempo necesario para su asimilación, la masificación y monotonía de las soluciones habitacionales nuevas, la homogeneización, producto de un exceso de rapidez y amplia cobertura de los medios de comunicación, en especial la televisión, la falta

de participación en la toma de decisiones urbanas, han creado ciudades desarraigadas, individuos que no se identifican con ella, incomunicación social, falta de solidaridad y en resumen, una crisis de identidad cultural.

¿Cuál es el camino entonces? Creemos que no es posible mirar hacia atrás. La solución está en reconocer elementos propios de la vida moderna y apoyarse en ellos para restablecer nuevamente los "momentos urbanos" que generan la identidad.

Tal vez, partir por un aumento de la participación en la toma de decisiones urbanas; aplicar soluciones urbanas en forma más permanente, para hacerlas reconocibles en el tiempo de modo que desde la niñez se reconozca la estructura de nuestras ciudades; apoyarse en valores patrimoniales naturales que caracterizan cada lugar (ríos, cerros, lagunas, puerto, etc.); apoyarse en los puntos de reunión del habitante de hoy y reforzarlos hasta reconstituir los valores implícitos en la antigua plaza mayor. Un elemento comercial del barrio de hoy como es el supermercado podría servir de punto de partida en la regeneración de los espacios perdidos.

La solución, en consecuencia, está en hacer sentir como propia la ciudad, identificando los elementos patrimoniales que han perdurado hasta hoy y apoyándose en sus funciones actuales, para crear elementos que hacen de un habitante una persona identificada con su ciudad y así rescatar valores como solidaridad, amistad, sentido de pertenencia, en consecuencia "identidad".